

Ignoraba por lo tanto la cobardía de su amante, haciendo fuego sobre su adversario desarmado.

Pero delante de Causседé, que la señalaba el revólver sin pronunciar palabra, bajó la cabeza y comprendió.

Frívola y ligera, perturbada por los placeres y la riqueza, guardaba, no obstante, en el fondo del alma una lealtad y un valor, que de haber vivido la joven entre otras personas, hubieran informado todos los actos de su vida.

Se dejó caer en un sillón y se ocultó el rostro con las manos.

Vino á sacarla de sus reflexiones una mano que se apoyaba en su hombro, al mismo tiempo que una voz decía al marqués:

—Haga el favor de dejarnos un instante, amigo mío. Tengo que hablar con ella. Era la voz del viejo Mosés.

IX

Padre é hija

A la portezuela del cupé que esperaba al barón en la verja de su posesión de Neuilly estaba nuestro antiguo conocido Próspero Lagrippe.

Cuando el barón salía precipitadamente, alarmado y descontento de aquel aviso que se le había dado, violentando sus terminantes órdenes, sus primeras palabras fueron:

—Y bien, ¿qué pasa?

—No hay tiempo que perder—contestó Lagrippe.—El señor barón comprenderá que yo no me permitiría molestarle por una bagatela. Si el señor me lo consiente, subiré con él en el cupé y le pondré al corriente de lo que pasa, al menos de lo que yo sé.

—Bien, ¿adónde vamos?

—Calle del Circo.

—¿Y por qué á esa calle?—dijo asombrado el barón.

Ya el coche rodaba velozmente hacia París.

El viejo Mosés, al oír nombrar la calle del Circo, había experimentado un profundo estremecimiento.

Matilde le inquietaba desde algún tiempo antes.

A pesar de su matrimonio, á pesar de su ordinario alejamiento de París, no estaba tranquilo.

Multitud de síntomas le obligaban á reflexionar, y si no pensaba en ello tanto como el caso merecía, era debido á su egoísmo y á que sus propias pasiones le distraían constantemente.

En la calle del Circo, únicamente Matilde le interesaba.

A estar el marido en París, el barón hubiera podido figurarse el drama que más de una vez había temido; pero Dantenac caminaba por la línea de Burdeos y debía estar lejos. Sin embargo, no se atrevía á interrogar á su criado.

Un miedo inexplicable le tapaba la boca.

Cuando se decidió, el caballo franqueaba la fortificación con una velocidad de treinta kilómetros por hora.

—¿Por qué tan de prisa?—dijo el barón.

Lagrippe trató de atenuar lo ocurrido.

Dijo que no estaba suficientemente enterado.

El señor Caussedé había visto al portero de la calle del Circo que venía corriendo á todo escape.

Debía haber ocurrido alguna cosa muy grave en casa de los Dantenac, sin duda.

El había tardado en salir el tiempo indispensable para enganchar.

No había podido enterarse de nada más.

Cuando llegaron á la calle del Circo, el coche que conducía al herido al hotel Mosés, atravesaba al paso la avenida de Marigny, entonces casi desierta.

El barón tuvo una breve conversación con el doctor Desbarres, que en dos palabras le contó lo ocurrido.

Aparición inesperada del marido, sorpresa, lucha, nada grave, escándalo que evitar, curación segura en pocos días.

Entonces, la verdad que tanto temía apareció toda entera ante sus ojos.

El escándalo había tenido lugar.

¡Jacobo y Matilde se amaban!

El crimen estaba cometido, porque aquel amor era un crimen horrible, cuya

responsabilidad le alcanzaba á él en primer lugar.

Una inmensa amargura se apoderó de él.

De aquellos tres seres, únicos que le eran queridos, uno estaba condenado. Era la dulce Raquel, sobre cuya salud no podía hacerse ilusiones.

Otro, su hijo, acababa de sufrir un atentado, del que no habían podido librarle ni su nombre ni su fortuna.

Esto pensaba el viejo Mosés, como si la persona de su hijo, por el solo hecho de serlo, fuera sagrada é inviolable.

Se indignaba de que un Dantenac se hubiese atrevido á poner la mano sobre aquel hijo tan poderoso.

¡Qué feroz suplicio podría inventar para castigarle!

Estas eran la ideas que bullían en aquel cerebro de rajah, cuando llegó cerca de Matilde.

A la vista de la joven, acobardada sobre un sillón, cambió de pensamientos.

¡Raquel estaba perdida!

Jacobo... ¡humillado, herido, amenazado quizá, en el porvenir!

La que contemplaba allí abatida, la culpable, ocupaba también buena parte del cariño del banquero.

Al ver que ella le miraba con temor, la dijo con una voz llena de piedad:

—¿Estabas aquí cuando llegó ese desgraciado?

—Sí.

—¿Y tú eres la causa de todo, verdad?

—Es cierto.

—Quiero saberlo todo. Habla.

Causedé se había retirado.

El padre y la hija se encontraban solos.

Y al ver que ella no se atrevía, el barón la dijo:

—Matilde, yo te he tomado bajo mi protección; te he criado; he tratado de proporcionarte una juventud dichosa... Ahora no te pido más que una cosa: la verdad... ¿Qué es lo que ha pasado?

—¿No lo comprende usted?—murmuró la joven.

—Al contrario, tengo miedo de comprenderlo. ¿Jacobó te amaba?

—Lo que puedo afirmar—dijo Matilde—es que yo le quería con toda mi alma.

—¿Hace mucho tiempo?

—Hace años. Mi ambición, mi único deseo, hubiera sido casarme con él.

—¿Y él?

—Si lo hubiera deseado tanto como yo—dijo amargamente la joven,—¿se hubiera podido casar con otra?

—Yo he sido quien le ha obligado á ese matrimonio.

—¿Y usted, sin embargo, dice que me quiere!

—Y es cierto. ¿No has pensado alguna vez, que si yo me oponía á vuestra unión, es porque la consideraba imposible?

—¿Imposible, dice usted?

La joven contemplaba al barón con sus ojos brillantes de fiebre.

El permanecía silencioso, irresoluto, retrocediendo ante su tremenda confesión.

Matilde insistió.

—Usted me ha pedido la verdad: es humillante para mí; sin embargo, voy á decirle toda, pero con una condición: que usted me la dirá también, cualquiera que sea. ¿Lo promete usted?

—Sí.

—No he conocido á mis padres... Usted lo sabe mejor que yo, y es el único que sabe la verdad en este misterio. A los diez y ocho años, cuando salí del colegio donde usted me tuvo educando, me vi en un mundo de lisonjas y adulaciones que me trastornó. Ser protegida de usted vale más que un dote, y eso todo el mundo lo sabe. Multitud de declaraciones me asediaron. Entre los que me perseguían con su amor, el que demostraba mayor ardimiento, más entusiasmo, era uno que le toca á usted muy de cerca. Rechazándole realicé una obra difícil, porque le quería, y me atrevo á decir que no quería á su fortuna, sino á su persona.

—¿Y es?...

—Espere usted. Ya he dicho que le amaba con toda mi alma; pero aquel amor yo le ocultaba con cuidado. Juro á usted que no le di el menor motivo para creerse correspondido. Las circunstancias nos reunían á cada instante. En Plessis-Mortcerf, en París, no pasaba día sin que tuviéramos ocasión de vernos y hablarnos.

Yo trataba de evitarlo, porque, aceptando aquel amor que con tanta insistencia me ofrecían, hubiera correspondido muy mal á los favores que recibía en esta casa, donde me tenían recogida por caridad.

Exasperado por mi aparente frialdad, el amante de que hablo juró usar de todos los medios para triunfar de mi resistencia. Por desgracia no hablaba en vano. Una noche de recepción en Plessis, le encontré tendido en la puerta de mi habitación, cuando iba á recogerme. Era la media noche. El castillo estaba lleno de invitados; el menor ruido podía provocar un escándalo... yo quise rechazarle... él se negó á retirarse... Le dije que no le amaba, que nunca sería suya... mentía; pero él debió creerme, porque sacando una pistola fingió querer suicidarse de desesperación... Tuve miedo y retrocedí delante de un escándalo. ¿Qué quiere usted!... ¡mi situación era horrible! ¿Qué hubiera dicho usted á encontrarse delante de la habitación, de la que todo se lo debe, con el cadáver de...

La joven se detuvo, y mediante un gesto del barón, añadió:

—...¡De su hijo!

Mosés cogió á Matilde por las dos manos, y fijando los ojos en los suyos, dijo:

—Tú me has confiado todo tu secreto. ¡Ahora verás el mío! Yo trataba de separaros, de levantar obstáculos entre vosotros, porque ese amor era un crimen... ¡porque Jacobo es tu hermano!

La joven se incorporó sobresaltada, lívida, con la mirada llena de espanto, y contemplando al barón estúpidamente, dijo:

—¿Qué ha dicho usted?

El barón prosiguió lentamente:

—Digo que es una falta mía, de la que me acuso...; que yo hubiera debido prever todo lo que ha pasado y acabas de decirme.

—¿De manera que soy?...

—Mi hija, la hija de unas efímeras relaciones, que terminaron por la muerte de tu madre.

—Pero ¿por qué me ha engañado usted? ¡Esto es horrible!—murmuró la joven.

Iba á añadir: «Y ese hijo sin nombre... ese hijo inocente, aunque haya nacido del incesto, ¿qué va á ser de él?» Pero no se atrevió. Se sentía humillada por aquella inesperada revelación.

Muy á menudo había reflexionado sobre su origen, imaginando intrigas y suponiendo alguna historia novelesca de niño abandonado; pero nunca se la había ocurrido que el barón Mosés pudiera ser su padre, y si alguna vez la acometió esa idea, la rechazó por imposible.

—¡Es mi falta!—repetía el viejo Mosés con dulzura, asustado por el abatimiento de su hija.—No acuses á nadie mas que á mí... No sé qué fatalidad me obligaba á callar... ¡Concluye! ¿Qué ha pasado después?...

—¿Para qué preguntarme más? ¿No le

he dicho á usted que le amaba? Franqueado el primer paso, me dejé arrastrar por él... Hace ya de esto cuatro años... Me había prometido casarse conmigo... ¡pero usted no ha querido! ¡Comprendo la razón! Comprendo también la causa de lo que yo llamaba mi destierro. ¡Era demasiado tarde! Cuando yo venía de Lisboa, no venía por estar en París, como decía, sino por estar con mi amante.

Nos reuníamos siempre que nos era posible. Esa ha sido nuestra falta. El marido que usted me ha dado, yo no le quería, y él, sin embargo, me idolatraba...

Se interrumpió. Encontraba un amargo placer en confesar su falta delante del que era responsable de ella.

Era una revancha que tomaba; la venganza en que su espíritu se recreaba.

La joven continuó con creciente animación:

— Aquel marido, que yo creía ciego, se había enterado de todo por una casualidad. Hace dos días estaba yo aquí con Jacobo, cuando mi marido llegó hasta esta habitación sin ser sentido; se enteró de la conversación y desde entonces estaba esperando este momento. Esta noche hemos caído en el lazo. Creíamos que caminaba hacia Lisboa, cuando de pronto entró aparentemente tranquilo; pero rebozando odio é indignación. Después de una breve conversación, vi un momento de lucha y á mi marido que se disponía á lanzar á Jacobo por el balcón. A una súplica

mía, se detuvo y dejó á mi amante desdenosamente sobre el vuelo del balcón... ¡Eso es todo!

A medida que avanzaba en aquella confesión, su irritación iba siendo más violenta.

Pronunciaba aquellas palabras «¡mi amante!» con vibraciones de cólera.

Después guardó silencio.

Sus labios se crispaban con un gesto de disgusto.

Como decía el barón, el verdadero, el gran culpable, casi el único, era él, que desconociendo sus deberes de padre la había educado sin nombre y sin familia.

¿Qué podía esperar?

Sería por siempre despreciada de su marido. Su amante la amaría quizá; ¡pero aquel amante era su hermano!

Había guardado la parte más dolorosa de su secreto: la existencia de su hijo.

Aquel hijo que tanto quería, se la volvía odioso.

Su mismo amor por Jacobo Mosés había muerto de un solo golpe.

En algunos minutos, bajo aquella fatalidad brutal que la aplastaba, había sufrido una completa metamorfosis.

Su inteligencia, tan viva y tan penetrante, flaqueaba ante aquella situación sin salida.

Permaneció un momento atontada, inmóvil, con la cabeza baja y los ojos estúpidamente fijos en los dibujos de la alfombra,

El barón, por su parte, la contemplaba con estupor, asombrado del brusco cambio que en ella se había verificado, y sentía indignación sin límites, acordándose del atrevimiento de Dantenac, que había llevado su audacia hasta poner la mano sobre el heredero del nombre y de las riquezas de los Mosés.

Y este pensamiento le absorbía de tal modo, que hablando consigo mismo, á media voz, decía:

—¿De manera que ese Dantenac se ha atrevido?...

Matilde contestó vivamente:

—¿Le acusa usted?... El no ha hecho más que defenderse.

—¿Dónde está?

—Lo ignoro.

—¡El miserable!

—¿Por qué miserable?—dijo la joven mirando á su padre con asombro.—Yo no tengo nada que reprocharle.

—¿Dónde está?—repitió el padre.

—No lo sé.

La joven se expresaba con un despego y una indiferencia que ofendió al barón.

No insistió en lo que concernía á Pedro Dantenac, y lleno de piedad por el profundo desaliento de la joven, la preguntó con dulzura:

—Y tú ¿qué vas á hacer?

—Qué sé yo—contestó Matilde.—Hubiera querido permanecer al lado de Jacobo, velar por él... Pero ahora no sé lo

que me pasa, ni lo que quiero, ni lo que será de mí...

El barón la cogió una mano; pero ella la retiró diciendo:

—Déjeme usted... Usted solo es el que ha sido causa de mi perdición. Vuelva usted á su lado; yo tengo necesidad de estar sola; quiero reflexionar.

El barón la estrechó contra su pecho, apoyó los labios en su frente, y acompañado por ella, atravesó el ancho pasillo y llegó á la escalera.

Volvió la joven al salón, cuando escuchó una voz que la llenó de asombro; acababa de reconocer la voz de Pedro.

X

¡Adiós!

Al separarse del viejo Mosés, el marqués de Caussédé estaba bajo el peso de un amargo desconsuelo.

Hay que decirlo todo.

El bearnés era todo un caballero.

Rechazaba ciertas villanías que suelen verse muy frecuentemente.

Aun para vengarse de Jacobo Mosés, nunca hubiera denunciado á aquel enemigo que probablemente no hubiera tenido con él los mismos escrúpulos.

Pero no por eso se alegró menos cuando tuvo noticia de la catástrofe.

Luego que se enteró de la escasa importancia de lo ocurrido, sufrió una de-